



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

35.- El ciego Bartimeo recibe la
vista



unánimes

Estudios Bíblicos

N.35.- El ciego Bartimeo recibe la vista

1. El texto

Marcos 10:46-52

Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó él, sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo, el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino, mendigando. Al oír que era Jesús nazareno, comenzó a gritar:

—¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!

Y muchos lo reprendían para que callara, pero él clamaba mucho más:

—¡Hijo de David, ten misericordia de mí!

Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarlo; y llamaron al ciego, diciéndole:

—Ten confianza; levántate, te llama.

Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús. Jesús le preguntó:

—¿Qué quieres que te haga?

El ciego le dijo:

—Maestro, que recobre la vista.

Jesús le dijo:

—Vete, tu fe te ha salvado.

Al instante recobró la vista, y seguía a Jesús por el camino.

2. Introducción

La ciudad de Jericó de los tiempos de Jesús y sus ruinas actuales, se hallan un poco al sur de la ciudad de Jericó del Antiguo Testamento. La ciudad que menciona Marcos estaba localizada a unos 25 kilómetros al noreste de Jerusalén. Como la altura de Jerusalén es de unos 1000 metros más que la de Jericó, este hecho aclara el texto de Lucas: “un hombre descendía de Jerusalén a Jericó”. Herodes el Grande, y más tarde también Arquelao su hijo, había fortalecido y embellecido esta ciudad, dándole un teatro, un anfiteatro, quintas y baños. Aun antes del reinado de Herodes I, Jericó ya era “un pequeño paraíso”, con sus palmeras, rosales, etc. En el invierno su clima era delicioso, haciéndola lugar de residencia invernal adecuada para un rey. ¿No fue esta ciudad el obsequio de Marco Antonio a Cleopatra, la reina egipcia, como señal de su afecto? Sin embargo, Jesús no estaba pendiente de la belleza y esplendor de Jericó, cuando viajó con su pequeña compañía desde Perea, rumbo al sudoeste, al otro lado del Jordán; y así vía Jericó a Jerusalén—y hacia la cruz. Aunque sobre su corazón pesaba una carga indescriptiblemente pesada, no por ello se había borrado su preocupación por las necesidades de otros.

3. La atmósfera de aquellos días

Para Jesús ya no estaba lejos el final de Su camino. Jericó estaba sólo a unos 25 kilómetros de Jerusalén. Tratemos de visualizar la escena. La carretera principal pasaba por todo Jericó. Jesús iba de camino para la Pascua. Cuando un rabino o maestro distinguido hacía un viaje así, era costumbre que fuera rodeado de mucha gente, discípulos e interesados y curiosos, que escuchaban su enseñanza mientras andaba. Esa era una de las maneras más corrientes de enseñar en el mundo antiguo.

La ley decía que todo judío varón de doce años en adelante que viviera en un radio de 25 kilómetros de Jerusalén tenía que asistir a la Pascua. Está claro que era imposible que se pudiera cumplir tal ley, y que todos pudieran ir. Los que no tenían posibilidad de ir tenían la costumbre de ponerse en fila al borde de las calles de los pueblos y las aldeas por los que pasaban los peregrinos para desearles un buen viaje. Así que las calles de Jericó estarían bordeadas de personas y más aún de lo corriente, porque habría muchos ansiosos y curiosos por ver por sí mismos a aquel intrépido maestro ambulante Jesús de Nazaret Que Se había atrevido a desafiar a todo el poder de la ortodoxia.

Jericó tenía una característica especial. Había adscritos al Templo más de 20,000 sacerdotes y otros tantos levitas. Está claro que no todos podían cumplir su ministerio al mismo tiempo. Por tanto, estaban divididos en 24 órdenes que servían por turnos. Muchos de estos sacerdotes y levitas residían en Jericó cuando no estaban de turno en el Templo. Y debe de haber habido muchos de ellos entre la multitud aquel día. Para la Pascua, todos estaban de servicio, porque a todos se los necesitaba. Era una de las raras ocasiones en que todos estaban de servicio, pero muchos no habrían empezado todavía. Estarían doblemente ansiosos de ver a ese Rebelde que estaba a punto de invadir Jerusalén. Habría muchos ojos fríos y duros y hostiles en la multitud aquel día, porque estaba claro que, si Jesús tenía razón, todo el ritual del Templo era totalmente irrelevante.

4. Las diferencias entre los evangelistas

Este milagro es narrado por los autores de los tres evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas). Comparando los tres relatos, hay grandes diferencias y grandes concordancias. Antes de entrar en la exégesis de este texto, es necesario decir algo acerca de este breve párrafo en su conjunto, pues se observa que es como un festín: por un lado para los armonizadores y por el otro, para los detractores. El problema es que Mateo habla de dos ciegos, en tanto que Marcos y Lucas hacen mención de uno, a quien Marcos llama Bartimeo. Además, según Mateo y Marcos el milagro ocurrió al salir Jesús y sus discípulos de Jericó, pero según Lucas, al acercarse a Jericó.

En cuanto al primer problema, ¿es posible que Marcos, el intérprete de Pedro solamente hubiese oído acerca de la historia de Bartimeo? Por supuesto, esta no es realmente una so-

lución; solamente tiende a traspasar un poco el problema de Marcos y Lucas (quien presumiblemente leyó a Marcos) a Pedro. Por otro lado, el problema no reviste gravedad alguna. No existe contradicción real, porque ni Marcos ni Lucas nos dicen que Jesús restauró la vista de un ciego solamente. En cuanto a lo demás, debemos admitir que no tenemos la respuesta: no sabemos por qué razón Marcos escribió—y Pedro suponemos, habló—acerca de Bartimeo y no acerca del otro ciego.

En cuanto al segundo problema, entre las soluciones que se han aducido están las siguientes:

- a. Había dos ciudades llamadas Jericó: Jesús, por tanto, pudo haber realizado el milagro mientras salía de una y entraba en la otra;
- b. Un ciego pudo haber sido sanado cuando Jesús entraba en Jericó y el otro cuando salía;
- c. Jesús había entrado en la ciudad, la había atravesado, y ahora salía de ella. Al salir de la ciudad vio a Zaqueo en el árbol y le dijo al pequeño publicano que descendiese. Entonces, junto con Zaqueo, volvió a entrar en la ciudad para pasar la noche en la casa del recaudador de impuestos. Según la solución propuesta, el milagro ocurrió al volver a entrar en la ciudad. De ahí que a Mateo y Marcos les sea posible decir que ocurrió al salir de la ciudad y a Lucas al acercarse a ella.

Sin embargo, a las tres soluciones se les pueden levantar objeciones. Dado que el relato de Marcos es tan similar al de Lucas, es difícil aceptar lo que la solución a. propone, a saber, que el nombre “Jericó” significa dos cosas distintas. La solución b. no soluciona nada, porque Marcos y Lucas están hablando claramente del mismo ciego, “Bartimeo, el hijo de Timeo”. Sin embargo, según Marcos la vista de este hombre quedó restaurada “al salir Jesús de Jericó”; según Lucas, “al acercarse a Jericó”. En cuanto a c., no se explica cómo es que la palabra “entró” adquiere el significado de “volvió a entrar desde el otro lado”. Hay otras soluciones, pero no son mejores: por ejemplo, que el hombre estaba sentado junto al camino mendigando, al entrar Jesús por el este; se levantó y le siguió durante todo el trayecto por la ciudad hasta que finalmente, al salir Jesús de la ciudad, le sanó. La mejor respuesta es: Existe indudablemente una solución, puesto que esta “Escritura” también es inspirada. ¡Pero, no tenemos esa solución!

Hay otras diferencias entre estos tres relatos, pero la mayoría de ellas no son importantes. Ninguna encierra contradicción alguna o conflicto entre sí.

La diferencia más importante es que aquí, como lo es a menudo en otros lugares, Marcos es el más explícito y vivaz. Es el único que nos dice que el ciego se llamaba Bartimeo. El relato es muy detallado: Jesús se dirige primero a la multitud, detalle que está totalmente excluido del relato de Mateo y que en el de Lucas sólo se insinúa. Marcos, no obstante, se

detiene en él, describiendo exactamente lo que Jesús le dijo a la gente y lo que ellos a su vez le dijeron a Bartimeo y la forma tan agitada en que se acercó a Jesús.

También Lucas hace su aporte. Nos informa que cuando el ciego oyó que la multitud pasaba, preguntó qué era lo que sucedía. Inolvidable, y muy frecuentemente citada en sermones, fue la respuesta: “Pasa Jesús de Nazaret”.

Aunque los tres evangelistas relatan la curación y la determinación del hombre sanado de seguir a Jesús, cada uno hace una contribución distinta. Mateo añade que el Sanador “compadecido” (o: movido a compasión) “tocó” los ojos y efectuó la curación. Marcos informa que Jesús dijo, “Vete, tu fe te ha salvado”. Y Lucas dedica dos versículos enteros a la conclusión, repitiendo algo de lo que los otros dos han consignado y añadiendo ciertos detalles: Jesús le dijo al ciego, “recibe la vista”; el hombre sanado le seguía “glorificando a Dios”; y “todo el pueblo, cuando vio aquello, dio alabanza a Dios”

Nos volvemos ahora a la historia según el relato de Marcos. Esto significa que no vamos a hablar de dos ciegos sino de uno, de Bartimeo. En consecuencia, el tema es la curación de Bartimeo, el ciego de Jericó. La división del material disponible en este relato es parecida al del relato de Mateo, exceptuando el cambio del plural al singular: 1. su miserable situación; 2. su problema adicional; 3. su loable persistencia y 4. la maravillosa bendición que Jesús le otorgó.

5. Su miserable situación

Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó él, sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo, el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino, mendigando. Al oír que era Jesús nazareno, comenzó a gritar:

—¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!

Jesús y los Doce habían cruzado nuevamente el Jordán de este a oeste, siguiendo una de las rutas habituales hacia Jerusalén. Como la Pascua se acercaba, no nos sorprende que una gran multitud, probablemente de Galilea y de Perea, estuviese siguiendo a Jesús. También podían haber estado algunas personas que tenían sus hogares en Jericó y que regresaban a aquella ciudad.

La procesión la formaban Jesús, los Doce y una gran multitud. El grupo llega a la ciudad. Después, Jesús, los Doce y, por lo menos, aquellos otros seguidores que iban rumbo a Jerusalén, atraviesan la ciudad, de modo que después se encuentran “saliendo” de ella. Es en este momento y en este lugar que un ciego aparece en escena. Está sentado junto al camino, mendigando. Este es un cuadro conocido en aquella parte del mundo, como en mu-

chas otras regiones aún hoy día. El nombre de aquel hombre era Bartimeo y Marcos explica que era hijo de Timeo. (Bar=hijo)

Si bien Bartimeo no podía ver a Jesús, sí podía oír el bullicio de la multitud. Después de investigar, se da cuenta de que quien pasaba era Jesús de Nazaret. Seguramente antes ya había oído acerca de Jesús, puesto que al recibir la noticia, inmediatamente grita, “Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí”. Que sepamos, la designación “Hijo de David” como título para el Mesías, aparece sólo en los salmos de Salomón. Aunque hay quienes niegan que Bartimeo usara el término en el sentido mesiánico, lo más probable es que efectivamente lo usara así. Marcos hace evidente que durante el ministerio de Cristo en la tierra los términos “Hijo de David” y “Mesías” habían llegado a ser sinónimos. De otro modo, ¿cómo se puede explicar satisfactoriamente la indignación de los principales sacerdotes y los escribas, cuando los niños honraban a Jesús con el título “Hijo de David”? Pero el hecho de que Bartimeo llamara a Jesús “Hijo de David”, no significa que apreciase totalmente el carácter espiritual de la calidad mesiánica de Jesús. Pero indica que, ante la pregunta, “¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?”, él estaba entre los pocos que eran capaces de dar una respuesta mejor que la que daba la gente en general.

Bartimeo, entonces, le implora a Jesús que tenga misericordia de él, es decir, que tenga compasión de él. Su situación era realmente deplorable. No sólo era ciego sino que además era mendigo; dos circunstancias que a menudo van de la mano. Tenía que depender de la generosidad de la gente para su sustento.

6. Su problema adicional

Y muchos lo reprendían para que callara,

No sabemos exactamente por qué la multitud hizo esto. Posibles respuestas:

- La gente tenía prisa por llegar a Jerusalén y no quería que aquel mendigo ciego retuviera a Jesús;
- estimaban que sus gritos no estaban en consonancia con la dignidad de la persona a quien se dirigía;
- no deseaban que Jesús fuese proclamado públicamente como “el Hijo de David”;
- sabían que a sus dirigentes religiosos no les gustaría aquello.

7. Su loable persistencia

...pero él clamaba mucho más:

—¡Hijo de David, ten misericordia de mí!

Esto habla a su favor. Percibía que si alguna ayuda había de venir de alguna fuente, tendría que ser del Hijo de David.

8. La maravillosa bendición que Jesús le otorgó

*Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarlo; y llamaron al ciego, diciéndole:
—Ten confianza; levántate, te llama.*

Jesús se revela a través de los Evangelios, no sólo como muy poderoso, sino también como muy misericordioso. Se detuvo y ordenó a la gente que llamara al hombre que estaba sentado junto al camino. Con entusiasmo le dieron el mensaje al mendigo. Le dijeron, “Ten confianza”. Este mandato tan lleno de aliento y esperanza, se oyó de labios de Jesús una y otra vez mientras estuvo en la tierra. Además, él es “el mismo ayer y hoy y por los siglos”. Esto se ve por el hecho de que, después de su ascensión al cielo, el Señor seguía pronunciando la misma exhortación alentadora. La gente que estaba a su alrededor le dijo al ciego que se pusiera en pie, y para darle más ánimo, añadieron: “te llama”.

No muchas semanas antes, las mismas palabras, “Él te llama”, le fueron dichas a María en el relato de la resurrección de Lázaro. La persona que se las había dicho era Marta, su hermana. Hay por cierto una semejanza entre los dos relatos. Jesús llamaba a dos personas profundamente atribuladas: a Bartimeo, que sufría por su pobreza y ceguera; a María y a Marta también, por supuesto, que sufrían a causa de la pérdida de un hermano querido. Aún en el día de hoy, y por supuesto siempre, en tales circunstancias de la vida Jesús nos llama a su lado, porque es un Salvador maravilloso. Su llamado es para consolar, animar y, como en este caso, para sanar y restaurar.

9. La reacción de Bartimeo

Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús.

No todos responden con prontitud al llamamiento. Pero aquel hombre sí lo hizo. Allí estaba la oportunidad de su vida. Su corazón saltó de gozo: Tirando a un lado su manta, se levantó de un salto y vino a Jesús. Al leer hoy esta historia, casi podemos oír la entusiasta voz de Pedro, quien la relató con toda su ardiente y pintoresca elocuencia. Debí contarla de tal forma que a Marcos le fue imposible olvidarla. Vemos a Bartimeo que, sin un instante de vacilación, se pone en pie de un salto, tira a un lado el manto, y libre de todo estorbo corre de prisa a Jesús.

10. La pregunta de Jesús

Jesús le preguntó:

—¿Qué quieres que te haga?

Jesús le hace esta pregunta con mucha ternura. ¿Desea este mendigo una limosna? Que se concentre por un momento en lo que desea más que todo, para que la satisfacción de su deseo sea mayor. Sin duda, Jesús ya sabía lo que Bartimeo deseaba, pero quiere que él mismo

se lo pida. En general se puede decir el Padre celestial conoce bien las necesidades de sus hijos, pero les dice “abre tu boca” para llenarla. Lo que Jesús quería era no sólo sanar a aquel hombre, sino además establecer una relación de comunión personal con él, para que de esta manera su “fe” fuera más que meramente “milagrera” (la convicción de que Jesús era capaz de realizar milagros), y así Bartimeo pudiera “glorificar a Dios”, como realmente habría de suceder.

11. La respuesta de Bartimeo

El ciego le dijo:

—Maestro, que recobre la vista.

Literalmente, “Raboni, recobre la vista”. No se le debe restar importancia al término “Raboni” que Marcos usa. Derivado de Rabí (rabino, maestro), probablemente debe interpretarse como un título que, en tales casos, es equivalente al título “Señor” que aparece en Mateo y Lucas.

12. El milagro

Jesús le dijo:

—Vete, tu fe te ha salvado.

Al instante recobró la vista, y seguía a Jesús por el camino.

Así también lo consigna Lucas en el relato paralelo. Teniendo en cuenta que la fe en sí misma es un don de Dios, ¿no deja de ser sorprendente que en varias ocasiones Jesús alabe al depositario de este don! Esto prueba el carácter generoso de su amor. Indudablemente, Efesios 2:8 se refiere a lo que a menudo se llama “fe salvadora”. Sin embargo, es muy dudoso que la fe a la que Jesús se refiere en este caso se refiera simplemente a los milagros. A la vista de lo que aquel hombre estaba a punto de hacer parecería que cuando Jesús le sanó restaurándole prestamente su visión, lo bendijo no sólo en lo físico, sino también en lo espiritual. En otras versiones de la Biblia dice “Vete, tu fe te ha sanado” Es posible que A. T. Robertson, esté en lo cierto al declarar que la expresión “te ha sanado” podría tener el significado: te ha salvado. ¿Y qué hay implícito en otros casos del Nuevo Testamento donde se usa la misma expresión? ¿Se trata solamente de restauración física—la mujer que sufría de hemorragias; el gran pecador y aquel leproso sanado que alabó a Dios y regresó para darle las gracias a Jesús?

13. Conclusión

Esta es una historia de lo más reveladora. En ella podemos ver muchas de las cosas que podríamos llamar “las condiciones para un milagro”.

a. Se daba la inquebrantable insistencia de Bartimeo. No había manera de acallar su clamor por encontrarse cara a cara con Jesús. Estaba totalmente decidido a encontrarse con

la única persona a la que anhelaba presentar su problema. En la mente de Bartimeo no había meramente un deseo sensiblero, nebuloso y caprichoso de ver a Jesús, sino que era un deseo desesperado y es un deseo desesperado el que consigue que las cosas sucedan.

- b. Su reacción a la llamada de Jesús fue inmediata y entusiasta; tanto que tiró el manto para correr hacia Jesús más deprisa. Muchas personas oyen la llamada de Jesús; pero es como si Le dijeran: «Espera hasta que haya hecho esto.» O: «Espera a que acabe lo de más allá.» Bartimeo llegó como una bala cuando Jesús le llamó. Hay oportunidades que no se presentan nada más que una vez. Bartimeo sabía que aquella era la suya. Algunas veces pasa por nosotros como una oleada de anhelo de abandonar algún hábito, de limpiar nuestra vida de algo que no es como es debido, de entregarnos más completamente a Jesús. Pero con la misma frecuencia no actuamos en el momento y pasa la oportunidad, tal vez para no volver.
- c. Bartimeo sabía exactamente lo que quería, la vista. Muchas veces nuestra admiración a Jesús es una vaga atracción. Cuando vamos al médico, queremos que nos resuelva alguna dolencia determinada. Cuando vamos al dentista, no le pedimos que nos saque cualquier diente, sino el que nos duele. Así deberíamos hacer con Jesús. Y eso implica la única cosa que pocos están dispuestos a encarar: un examen de uno mismo. Cuando vamos a Jesús, si somos tan desesperadamente claros como Bartimeo, sucederán cosas.
- b. Bartimeo tenía una idea inadecuada de Jesús. ¡Hijo de David! insistía en llamarle. Ahora bien, aquello era un título mesiánico, pero conllevaba toda la idea de un Mesías conquistador, un rey de la dinastía de David, que condujera a Israel a la conquista del mundo. Esa era una idea impropia acerca de Jesús; pero, a pesar de todo, Bartimeo tenía fe, y la fe compensaba cien veces una teología deficiente. No se nos exige que comprendamos totalmente a Jesús, se nos demanda, fe. Un sabio escritor ha dicho: «Debemos pedirle a la gente que piense; pero no debemos esperar que sean teólogos antes de ser cristianos.» El cristianismo empieza con una reacción personal a Jesús, una reacción de amor, con la convicción de que Él es la única persona que puede solventar nuestra necesidad. Aunque no seamos nunca capaces de pensar las cosas teológicamente, esa respuesta del corazón humano es suficiente.
- c. Al final nos encontramos un detalle precioso. Bartimeo puede que hubiera sido un mendigo ciego al borde de la carretera, pero era capaz de ser agradecido y «de bien nacido es ser agradecido.» Cuando recibió la vista, siguió a Jesús. No se fue por su camino egoístamente una vez que resolvió su necesidad. Empezó teniendo una necesidad; siguió sintiendo gratitud y acabó por mostrar lealtad. Y esto es un perfecto resumen de las etapas del discipulado.